

---

## REMINISCENCIAS DE MARIA SANTOS CORRALES

---

### LA «SILVIA» DE MARIANO MELGAR

De documentos y datos recogidos en su ciudad natal.

En ocasión de un reciente viaje a la ciudad de Arequipa hemos descubierto en los archivos parroquiales de las iglesias de la Compañía y de Santa Marta una serie de «partidas» relacionadas con María Santos Corrales (la «Silvia» de Mariano Melgar), con el mismo Mariano Melgar y con el Coronel D. Manuel de Amat y León, que casó con aquélla cuatro años después del fallecimiento del malogrado poeta.

Alguna de tales partidas, poco conocida por el pasado, aclara, estableciendo fechas esenciales, uno de los puntos más interesantes de la biografía del vate arequipeño: el relativo a la de sus amores con la mujer que fué la musa inspiradora de sus tiernos cantares.

Se ha creído, ordinariamente, que Melgar amó en Silvia a una mujer de edad proporcionada a la suya; a una mujer capaz, por sus años, de comprender y premiar la ardiente pasión de que se vió objeto.

Las fechas apuntadas en los archivos de la Compañía y Santa Marta de Arequipa, ponen las cosas en su lugar,

---

Como es sabido, Mariano Lorenzo Melgar nació el 12 de Agosto de 1790, según consta de la partida de su nacimiento, dada a conocer en años pasados por el Doctor D. Alberto Ballón Landa, que hemos creído del caso volver a consultar nuevamente.

Ella es del tenor siguiente:

«Año del Señor de mil setecientos noventa.—En doce de Agosto, yo, el Licenciado D. Matías Banda, teniente de cura de esta santa iglesia Catedral de Arequipa, puse óleo y crisma a una criatura, a quien puse por nombre MARIANO LORENZO, hijo legítimo de D. Juan de Dios Melgar, y de Doña Andrea Valdivieso.

«Fueron sus padrinos D. Juan Antonio Velarde Niera y Doña María Ampuero, a quienes advertí la obligación y parentesco espiritual, y lo firmé. Fecha ut supra.

LDO. MATHIAS BANDA»

María Santos Corrales nació el 1.º de Noviembre de 1797, según consta de la partida que a continuación reproducimos:

«Año del Señor de mil setecientos noventa y siete, en tres de Noviembre, yo, D. Juan Josef Cáceres, teniente de cura de esta santa iglesia Catedral de Arequipa, bauticé, puse óleo y crisma a una criatura de dos días, a quien puse por nombre María Santos, hija legítima de D. Josef Corrales y de Doña Manuela Salazar.

«Fue su madrina Doña Petroniña Salazar, a quien advertí su obligación y parentesco espiritual, y lo firmé.

LDO. JUAN JOSEF DE CACERES»

De suerte que en la edad de ambos amantes hubo una diferencia esencial de siete años.

A esta cuenta, cuando Melgar, de diez y ocho años, según afirman sus biógrafos, comenzó a versificar, María Santos tenía once; y cuando aquél, de veinte años, agregó a su lira la cuerda del amor, aquella frisaba en los trece!

Sólo cuatro años más tarde, esto es, cuando el poeta, escuchando la voz de su patriotismo, se enroló en las filas de la revolución de Pumacahua, Silvia, de diez y siete años, estuvo en la edad en que la mujer despierta de verdad, debajo del barró deleznable de Eva y del mármol terso de Galatea, a las sensaciones de la vida y del amor.

---

A la luz de este razonamiento, Melgar, adolescente, amó a una niña de primeras letras; y hombre provector, a una mujer apenas en capullo.

---

O mucho nos engañamos, o en el *amartelamiento* de Mariano Melgar por Silvia, hubo mucho de convencional; mucho de ficción poética, mucho que no respondió propiamente a un estado pasional calificado y en los supuestos desdenes de Silvia, de los que tan sentidamente se lamentó el poeta, mucho del candor y de la irreflección, ajenos de todo dañado intento, de una niña de cortos años.

---

Pretender hallar en una *menor* de once años, y sucesivamente, en una colegiala de catorce, el ciego apasionamiento de Julieta por Romeo, fué pretensión insólita, disculpable en un poeta.

---

Cierta predisposición del tiempo y del ambiente en que ambos amantes vivieron, influyeron poderosamente en el ropaje quejumbroso que aquel amor-amorío asumió en la versificación del poeta.

---

La que llamaremos barca literaria de comienzos del siglo XIX navegaba a toda vela en plena mar del romanticismo, forma literaria en la que todo poeta se creyó autorizado para llorar desdenes, las más veces imaginarios, de sus damas,

Aquello de que los desdenes de Silvia ántes fueron imaginarios que reales, no es fruto de nuestro propio modo de pensar.

---

Algúná vez Marisantos, viuda espiritual del poeta del que fué tan tiernamente amada, y viuda legal del esposo, al que, años más tarde de la muerte de aquél, que concedió su mano, anciana y encanecida, narró en el corro de sus nietos, de los que algunos viven a la hora presente, los casos de sus románticos amores con Melgar, y fué en el sentido de que «no hubo tales desdenes».

—¿Y sus versos?..... ¿Y sus cartas?...., solían preguntarle sus nietos.

—No los conservo.... Alguna vez, en cierto amago de incendio que se produjo en la casa en qué yo vivía; ardió el mueble que los contuvo...., solía responder tras leve vacilación Silvia, callando, acaso, que aquel lamentable suceso tuviese que ver con el mandato expreso de un confesor....

---

Cuando Mariano Melgar se consideró poeta y experimentó la necesidad de cantar los amores que tan por completo embargaban su alma, existía en la ciudad de su nacimiento, desde los días de su fundación, una forma musical querida y preferida del pueblo que la creó, cuyas modulaciones tiernamente quejumbrosas a él le parecieron convenir más que otra alguna, a la índole de sus amores y a su versificación.

---

Aquella forma, en la que el canto intencional armoniza admirablemente con la índole melancólica de la música, fué el *yaraví*, rezago de la sensibilidad melódica de las viejas estirpes aimaras que poblaron antaño el ubérrimo valle de Arequipa; antes de ocurrir la invasión quechua y la conquista castellana, las cuales acabaron por influir en él en la medida de sus propias modalidades.

---

Ya hemos explicado en alguno de nuestros estudios el origen y etimología del yaraví, y haber sido bajo su primitivo aspecto el *aya-arú-huy* queremos decir la forma musical cantada con que el viviente habló—*arú* a los muertos—*aya*, esto es, a las momias tutelares de los antepasados que toda agrupación aillal indígena veneró en los *mochaderos* o adoratorios comprendidos en sus respectivos *pagos*.

Creado para hablar con los muertos, y en especial para referir a éstos últimos las propias congojas, el yaraví sólo pudo ser, por su música y por su letra, entrañablemente melancólico.

Negar que Mariano Melgar dentro del género por él elegido, sugerídole por la disposición especial de su espíritu y por la índole neta del tiempo en que vivió, se revelara inspirado poeta y consumado artista, sería injusto; tan injusto como negar al Misti, a cuyos pies naciera, sus nobles galas, su mole imponente, sus entrañas de fuego, su diadema de albas nieves y sus ocasionales mantos de nubes, suspensos en el éter, teñidos de oro y grana por los arreboles del Sol al atardecer.

Que la poesía de Melgar fué genuina y viable poesía lo prueba su notable difusión y su haber persistido allegado al corazón de su pueblo, a través del tiempo.

Sus tiernas endechas y sus desconsolados amores cantábase y comentábase en vida del poeta en Lima, en Ayacucho, en el Cusco, en Salta, en Tucumán, en Chuquisaca y en otros cien lugares de América, en donde corazones amantes vieron traducidas sus propias cuitas en una fraseología amatoria incomparable.

Su musa, sin él saberlo, golpeó a la puerta de los mismos campamentos de las tropas del rey.

Las bandas de músicos de los batallones «godos», compuestos en su mayor parte de elementos criollos, ejecutaban

los yaravíes de Arequipa, y más de un oficial realista sabíase de memoria las composiciones del poeta-soldado, con el que algún día cruzarían los aceros en los campos de batalla.

Cuando en el funesto llano de Umachiri ocurrió el desastre de las fuerzas colecticias de Pumacahua, alcanzadas por Ramírez durante su retirada apresurada sobre el Cusco, y el amante de Silvia terminó en forma lamentablemente trágica su carrera mortal y emocional, que tanto prometía para las letras de América, en América entera se oyó un grito de intensa desolación. . . .

---

Las hojas del proceso que se siguió a Melgar, en cumplimiento de cuyas disposiciones se le pasó por las armas, nunca fueron halladas.

---

Hay quienes afirman, diz que a raíz de añejas tradiciones arequipeñas, que los oficiales insurgentes apresados en Umachiri fueron *quintados*; que a Melgar, en aquella funesta lotería, le tocó morir, y a Manuel de Amat y León, que cuatro años más tarde había de unir su suerte a la de Silvia, le tocó vivir.

---

Esa tradición carece de fundamento.

Melgar, auditor de guerra de Pumacahua, fué *insurgente*; Amat y León, hijo del virrey, y auditor de guerra de Ramírez, fué *realista*.

---

La única forma como ambos hombres pudieron encontrarse, de 1814 adelante, fué peleando, cada cual por la causa a que respectivamente perteneció.

---

Melgar, juzgado por una corte marcial a raíz de la derrota de Umachiri, fué fusilado en virtud de una sentencia que a Amat y León le tocó rubricar, en su calidad de tal auditor de guerra de Ramírez.

Ello fué, según tradición, después de que un comercio de ideas entre el oficial prisionero y el realista, en el que el nombre de Silvia fué cien veces pronunciado, estableciese entre ellos una estrecha y cariñosa amistad.

---

Amat y León llegó a profesar un sincero cariño hacia el hombre en quien veía a un soldado valeroso y a un tierno poeta.

Salvar a aquel hombre hubiese sido de todo punto imposible, pues se negaba a firmar la humillante retractación con que otros, colocados en igual predicamento, compraron la vida.

---

Por otra parte, el implacable Ramírez llevaba *calificada* en Melgar la personalidad apasionada e idealista que otros represores de movimientos libertarios castigaron en Chenier y Mármol....

---

Mariano Melgar, el poeta de la revolución; debía morir al mismo tiempo que el viejo cacique Pumacahua, su caudillo militar, y tenía determinado un hado cruel que fuese su nuevo amigo el que firmase su sentencia de muerte.....

---

Amat y León, tras vacilaciones mil, firmó aquella sentencia, y firmarla y ser víctima de un desmayo, que fué el preludio de una enfermedad al corazón que no le abandonó mientras vivió, fué una cosa sólo.

---

¿Quién fué don Manuel de Amat y León, el auditor de guerra de Ramírez, a quien vemos figurar en la forma que dejamos expresada en el drama sombrío de Umachiri?....

---

El Coronel Don Manuel de Amat y León, natural de Lima, de cuarenta años en 1815, fué hijo natural del virrey Don Manuel de Amat Junient Pianella Aymerich y Santa Pau.

---

En el pliego de su matrimonio, su madre aparece descrita como Doña Josefa de León.

Pero es el caso que en la cláusula 4.ª del testamento de Doña Micaela Villegas, la hermosa criolla, amante del virrey catalán, se menciona a un Manuel Amat, fruto de aquellos amores.

---

De consiguiente, cabe preguntar si hubo *dos* Manueles Amat, el uno Amat y Villegas, y el otro Amat y León, hijo, este último, según una tradición arequipeña, de la señora León, perteneciente a la alta sociedad de Lima.

---

Lo cierto es que en el año de 1819 María Santos Corrales, la novia ideal de Melgar, de 22 años de edad, casó en Arequipa con el mencionado don Manuel de Amat y León.

---

En el archivo de la Iglesia de la Compañía de Arequipa hemos descubierto, tras empeñosa búsqueda, el pliego correspondiente a dicho matrimonio.

---

¡Delicadas inspiraciones del amor al latir en un pecho hidalgo!

Don Manuel de Amat y León, que en dicho documento pudo estampar su condición de teniente coronel y auditor de guerra de los reales ejércitos españoles vencedores en Umachiri, prefirió estampar la del todo imaginable, de «comerciante de tránsito durante veinte años en la provincia del Collao».

---

Los títulos y honores que verdaderamente le pertenecieron, hubiesen podido lastimar los recuerdos de una esposa que fué la ideal desposada del poeta soldado sacrificado en Umachiri.

En el pliego matrimonial que acabamos de recordar, fechado en Arequipa el 13 de Noviembre de 1819, «el pretendiente» declara ser hijo natural de don Manuel de Amat y de doña Josefa León, de cuarenta y cuatro años de edad, natural de Lima «de donde falta espacio de veinte años, los cuales ha estado transitando en la provincia del Collao sin tener residencia firme en ningún lugar de dicha provincia, con destino al comercio y, al presente en esta ciudad durante pocos días», a tiempo que la contrayente declara llamarse María Santos Corrales, de 22 años de edad, de estado soltera, natural y vecina del harrio de la Soledad de esta jurisdicción, hija legítima de don José Corrales y de doña Manuela Salazar, difunta.

El matrimonio se celebró el 24 de Noviembre de dicho año de 1819, según lo acredita la respectiva partida que a continuación copiamos:

«Año del Señor de 1819. Día 24 de Noviembre. Yo don Luís García Iglesias, cura rector de esta santa iglesia Catedral de Arequipa, certifico: que de licencia mía, el P. Fr. Andrés Cárdenas Talavera, teniente de cura de la vice-parroquia de Montserrat, desposó por palabras de presente que hacen verdadero matrimonio, a don Manuel Amat y León, soltero, natural de la ciudad de Lima y al presente en ésta, hijo natural de don Manuel Amat y de doña Josefa León, con doña María Santos Corrales, soltera, natural y vecina de esta ciudad, hija legítima de don José Corrales y de doña Petronila Salazar, en virtud del decreto de su señoría Ilustrísima inserto en el expediente de soltura y libertad que formé, del que no resulta canónico impedimento, y de las proclamas que se leyeron el domingo catorce de Noviembre, jueves 18 y domingo 21; habiéndoles hecho saber lo prevenido en el capítulo IX, título X al 124 de los Sinodales, según consta del dicho expediente que original queda con los de su clase en el archivo de esta iglesia auxiliar de Santiago, siendo testigos del matrimonio don José Corrales y don Bernardo Corrales.

Y para que conste lo firmé.

Fecha ut supra.

LUIS GARCÍA IGLESIAS».

Fruto del matrimonio de María Santos Corrales con D. Manuel Amat y León fueron nueve hijos: Rosa, Moneigunda, Luís, Mariano, Manuela, José María, María Ciriaca, María Encarnación, Manuel.

---

En ocasión de la ida a Arequipa que llevamos mencionada en el encabezamiento del presente artículo, visitamos a una de las hijas sobrevivientes de Silvia, la señora doña María Encarnación Amat y León viuda de Guillén, noble anciana a la que forman corona siete hijos: Zoila, Manuel, María Guillermina, María Rosa, Mercedes, Samuel y Juan Francisco Guillén y Amat.

---

En una de las cabeceras del salón de su morada, signada con el número 406 de la calle de Mariano Melgar, situada a corta distancia de la casa en que nació el poeta en 1790 (no en 1791, como equivocadamente reza una lápida de mediocre hechura colocada en su fachada) hemos contemplado un retrato de Silvia, reducción al carboncillo de un buen retrato al óleo ejecutado en 1868 por el pintor italiano Barbieri.

---

Aquella mediocre obra de arte ofrece a nuestra mirada a una anciana de sesenta y más años de edad, vestida con la sencillez semimonacal de las matronas arequipeñas de su época.

---

Se echa de ver que la edad fué inclemente para con la mujer tan tiernamente amada por Melgar.

---

Silvia aparece envejecida.

Sus facciones, por un exceso de gordura, indicio de vida sedentaria, distan, por cierto, de las de la linda joven de 1815, crecida en un ambiente de amor y de poesía.

---

Su frente, antes estrecha que despejada, es de las que denotan honda retención de los recuerdos.

Sobre ella muere un peinado austero: una raya en mitad de ella y, a ambos lados, los cabellos alisados hacia atrás.

Su boca es ancha y bondadosa; su nariz fuerte, su poco aguileña.

La nobleza de aquella fisonomía radica en los ojos: negros, grandes, aterciopelados, profundos.

Anotamos estas impresiones, y desde la torre de un convento vecino llega hasta nosotros, en el recogimiento de la sala de esta casa en que escribimos, en la que moran, al lado de la última y más querida hija de Silvia, tantos y tan sagrados recuerdos, los toques lentos y contados de una campana

Es una como lenta letanía de sonidos graves, austeros, tristes, que dicen de reclusiones, de no olvidados dolores, de ocultas lágrimas, todo ello—¡oh sarcasmo!—bajo la capa azul de este cielo de Arequipa tan luminoso, tan diáfano, tan invitador a las expansiones, a las luchas, a los goces de la vida que se renueva y que no quiere morir.

Un comienzo de penumbra envuelve, con el hacer caer de la tarde, los objetos que nos rodean y esfuma e idealiza el retrato de Silvia.

Aquello trae consigo un como revivir de las cosas que fueron. . . . .

Los clarines de un batallón resuenan en una calle inmediata y traen a la memoria el paso de los batallones de Pumacahua, en cuyas filas se enroló Melgar; otras campanas se unen a las del vecino convento para despedir con el *Angelus* la tarde que fenece; en una morada de la vecindad resuena un punteo de vihuela, y a poco andar una voz rompe a cantar los versos tiernamente quejumbrosos de un yaraví de Melgar; . . . .

Don Manuel de Amat y León falleció en 1860. Copiamos a continuación la partida de su defunción:

«*Año del Señor de 1860.*— Día 28 de Julio. Yo don José Manuel Rodríguez, teniente de cura rector de esta santa iglesia Catedral de Arequipa, certifico haber fallecido el doct. don Manuel Amat y León, coronel de ejército, casado con doña María Santos Corrales. Sus exequias, de cruz baja en el panteón de la Apacheta, y para que conste lo firmo.

JOSE MANUEL RODRÍGUEZ».

---

Silvia le siguió a la tumba en 1871, como lo acredita la respectiva partida que a continuación copiamos.

«*Año del Señor de 1881,* día 8 de Marzo. Yo don José María Cornejo, cura rector propio de esta parroquia de Santa Marta, certifico haber fallecido doña María Santos Corrales de Amat, natural de esta ciudad, viuda de don Manuel Amat, de edad de 87 años, recibió los santos sacramentos, testó ante el escribano don Mariano G. Calderón. Se le dió boleto de cruz alta. Muerte natural, y para que conste lo firmo.

JOSE MARÍA CORNEJO».

---

Lima, MCMXXI.

R. CÚNEO-VIDAL  
Miembro del Instituto Histórico  
del Perú.

---

---